

LA CASA DE LA INOCENCIA

Aquel día, fra Giovanni salió del convento á la hora matutina en que los pájaros despiertan canoros. Y fué á la ciudad. E iba pensando:

—Voy á la ciudad para mendigar el pan, y para dar pan á los que mendigan; y daré lo que haya recibido, y recibiré lo que haya dado. Porque es bueno el demandar y el recibir por amor de Dios. Y el que recibe es hermano del que da. Y conviene no hacer caso de si se es el uno ó el otro de estos hermanos, porque el dar no es nada, y la caridad lo es todo.

»El que recibe, si tiene caridad, es el igual del que ofrece. Pero el que vende es enemigo del que compra, y el vendedor fuerza al comprador á serle enemigo. Y en esto radica la causa del mal que emponzoña á las ciudades, como el veneno de la serpiente está en su cola. Y es necesario que una señora pise la cola de la serpiente. Esta señora es la Pobreza. Ella ha visitado en su torre al rey Luis de Francia. Pero no se ha mostrado entre los florentinos, porque es casta y no quiere poner

el pie en malos lugares. Y bien, la tienda del cambista es mal sitio. Los banqueros y cambistas cometen los más grandes pecados. Las prostitutas pecan en los cubiles, pero su pecado es más pequeño que el de los banqueros y de cuantos se enriquecen con la banca y los negocios.

»En verdad, los banqueros y los cambistas no entrarán en el reino de los cielos, ni tampoco los panaderos, ni los drogueros, ni los que ejercen el arte de la lana, de que tanto se enorgullece la ciudad de la Flor. Porque otorgan precio ai oro y asignan tasa al cambio, erigen ídolos á la faz de los hombres. Y, al decir: «El oro tiene un valor», mienten. Pues el oro es más vil que las hojas secas que el viento de otoño arremolina sonoramente al pie de los terebintos. Y no hay nada tan precioso como el trabajo del hombre, cuando Dios le mira.»

Pues bien; mientras que así meditaba, vió fra Giovanni que la montaña estaba horadada y que algunos hombres extraían piedras. Uno de los canteros estaba acostado en el camino, cubierto con un jirón de sórdida tela; su cuerpo había recibido las mordeduras iracundas del calor y del frío. Los huesos de la espalda y del pecho aparecían como al desnudo entre su carne extenuada. Y una gran desolación fluía de las negras cuencas de sus ojos.

Fra Giovanni se aproximó y le dijo:

—¡La paz sea con vos!

Pero el cantero no respondió nada; ni siquiera volvió la cabeza. Y fra Giovanni, creyendo que no le había oído, insistió:

—¡La paz sea con vos!

Y pronunció las mismas palabras por tercera vez.

Entonces le miró colérico el cantero, y le dijo:

—Sólo cuando me muera gozaré de paz. ¡Márchate, maldita corneja, pues tus saludos me anuncian un bien engañoso! ¡Ve, y grazna á otro más necio que yo! Demasiado sé que la condición del cantero es absolutamente desgraciada, y que su miseria no tiene tregua. Desde la mañana hasta la noche arranco piedras, y como premio de mi trabajo sólo recibo un trozo de pan negro. Y cuando mis brazos sean menos fuertes que las piedras de la montaña, cuando mi cuerpo esté agotado, moriré de hambre.

—Hermano—dijo el santo hombre Giovanni—, no es justo que arranquéis tantas piedras y que recibáis tan poco pan.

El cantero se puso de pie.

—¿Monje, qué ves sobre la colina?

—Hermano, veo los muros de la ciudad.

—¿Y más arriba?

—Veo los techos de las casas que dominan á las murallas.

—¿Y más arriba?

—Las cimas de los pinos, las cúpulas de las iglesias y los campanarios.

—¿Y más arriba aún?

—Veo una torre que domina á las otras. La coronan almenas. Es la torre del podestá.

—Monje, ¿qué ves sobre las almenas de esa torre?

—Hermano mío, sobre las almenas de esa torre sólo veo el cielo.

—Yo—dijo el cantero—veo sobre esa torre una figura aborrecible y gigantesca que blande una maza, y en esa maza veo escrito: INIQUIDAD. Y la Iniquidad surge sobre los ciudadanos, en la torre de los magistrados y de las leyes.

Y fra Giovanni respondió:

—Lo que uno ve, otro no lo ve; aunque es posible que esa figura de que habláis se alce en la torre del podestá, en la ciudad de Viterbo. ¿Pero no hay ningún remedio contra los males de que sufrís, hermano mío? El buen San Francisco ha dejado en la tierra una tal fuente de consolación, que todos los hombres pueden reconfortarse en ella.

Y el cantero habló del siguiente modo:

—Algunos hombres han dicho: «Esta montaña es nuestra.» Y esos hombres son mis amos, y para ellos extraigo la piedra. Y ellos se aprovechan del fruto de mi trabajo.

Fra Giovanni suspiró:

—Es preciso que los hombres estén locos para creer que poseen una montaña.

El cantero replicó:

—No están locos. Y las leyes de la ciudad, les garantizan esa posesión. Los ciudadanos les pagan las piedras que yo he arrancado. Y son mármoles de gran precio.

Y fra Giovanni dijo:

—Habría que cambiar las leyes de la ciudad y las costumbres de los ciudadanos. San Francisco, el ángel del Señor, ha dado el ejemplo y mostrando el camino. Cuando por orden de Dios acordó reedificar la iglesia arruinada de San Damián, no fué en busca del amo de la cantera. Y tampoco dijo: «Traedme los mármoles más hermosos y os pagaré con oro.» Pues el que se llamaba hijo de Bernardone y era verdadero hijo de Dios, sabía que el hombre que vende es el enemigo del hombre que compra, y que el arte del tráfico es más nocivo, á ser posible, que el arte de la guerra. Así, no se dirigió á los maestros albañiles ni á ninguno de los que dan mármol, madera y plomo á trueque de plata. Fué á la montaña, y cargándose de madera y piedras las llevó personalmente al lugar consagrado á la memoria del bienaventurado Damián. El mismo colocó las piedras, con ayuda de la plomada, para edificar los muros. Y él mismo hizo el cemento para adherir las piedras. Fué un humilde y tosco recinto. Fué

la obra de un brazo débil. Pero quien la contempla con los ojos del alma reconoce en ella el pensamiento de un ángel. Pues el cemento de esos muros no está amasado con la sangre de los desgraciados; pues esa casa de San Damián no se erigió con los treinta dineros que costaron la sangre del Justo, y que, arrojados por el Iscariote, van desde entonces de mano en mano por el mundo, pagando todas las injusticias y todas las crueldades.

»Pues, única entre todas, esta casa está fundada sobre la inocencia, establecida sobre el amor, asentada sobre la caridad, y, única entre todas, es la casa de Dios.

»Y yo os lo digo en verdad, hermano obrero, al hacer esas cosas, el pobre de Jesucristo ha dado al mundo el ejemplo de la justicia, y su locura parecerá sabiduría andando el tiempo. Pues todo lo que hay en la tierra pertenece á Dios, y nosotros somos los hijos de Dios, y todos los hijos deben de tocar á partes iguales. Es decir, cada uno debe de tomar lo que necesita. Y porque los mayores no pidan papilla, ni los pequeños beban vino, la parte de cada cual no ha de ser perfectamente idéntica, sino que cada uno debe de tener su parte adecuada.

»Y el trabajo será un contento cuando no se pague. Y es el oro inicuo quien engendra la desigualdad del reparto. Cuando todos vayan al mon-

te en busca de su piedra y la lleven en hombros á la ciudad, la piedra será leve, y será la piedra de la alegría. Y edificaremos la mansión alegre. Y erigiremos la nueva ciudad. Y no habrá pobres ni ricos; pero todos se llamarán pobres, porque desearán ostentar un nombre que les dignifique.

Así habló el dulce fra Giovanni, y el cantero desgraciado, pensó:

—Este hombre vestido de sayal, y ceñido de una cuerda, ha dicho cosas nuevas. Yo no veré el término de mis miserias, porque voy á morir de hambre y fatiga. Pero moriré dichoso, pues mis ojos, antes de extinguirse, habrán visto el alba del día de la justicia.

X

LOS AMIGOS DEL BIEN

Pues bien, había por aquel tiempo en la muy ilustre ciudad de Viterbo, una cofradía formada de sesenta ancianos. Y estos ancianos figuraban entre los principales de la ciudad. Reunían honores y riquezas, y eran virtuosos. Contábase entre ellos un gonfalonero de la República, varios doctores en uno y otro derecho, jueces, mercaderes, cambistas de notoria piedad y algunos antiguos condotieros inutilizados por la edad.

Porque se habían asociado para estimular á los ciudadanos á practicar el bien y difundir la fraternidad, llamábanse los Amigos del Bien. Este título estaba inscrito en la bandera de la cofradía, y eran unánimes persuadiendo á los pobres para que realizasen el bien, y que ningún cambio sobreviniese en la ciudad.

Tenían costumbre de reunirse el último día de cada mes en el palacio del podestá para comunicarse lo que se había hecho de bueno en la ciu-

dad. Y á los pobres que habían ejercido el bien daban algunas monedas de plata.

Los Amigos del Bien se congregaron este día. En el fondo de la sala había un estrado cubierto de terciopelo, y sobre este estrado un dosel magnífico sustentado por cuatro figuras esculpidas y pintadas. Estas figuras eran la Justicia, la Templanza, la Fuerza y la Castidad. Los principales de la cofradía sentáronse bajo el dosel. El decano se instaló en el centro de ellos, en una silla de oro, que apenas cedía en riqueza al trono que, no ha mucho, el discípulo de San Francisco vió instalado en el cielo para el pobre del Señor. Se le había ofrecido aquella silla para honrar en él todo el bien realizado en la ciudad.

Y, cuando los miembros de la cofradía se colocaron en el orden conveniente, el decano se levantó para hablar. Y felicitó á los criados que habían servido á su amo sin obtener salario, y celebró á los ancianos que, careciendo de pan, no lo pidieron.

Y dijo:

—Esos han obrado bien. Y nosotros les recompensaremos; pues importa que el bien sea recompensado, y nosotros debemos de pagar el gasto, siendo como somos los primeros y los mejores de la ciudad.

Luego que hubo hablado, la muchedumbre que se agolpaba al pie del estrado, batió palmas.

Pero, al acabar de aplaudir, fra Giovanni habló entre la turba de miserables, preguntando en alta voz:

—¿Qué es el bien?

Entonces se produjo un gran rumor en la asamblea. El decano exclamó:

—¿Quién ha hablado?

Y un hombre rojo, que estaba entre los pobres, respondió:

—Es un fraile llamado Giovanni, que es el oprobio de su convento. Va desnudo por las calles, con los hábitos remangados por la cabeza, y se entrega á todo género de extravagancias.

Un panadero dijo en seguida:

—¡Es un loco y un malvado! Mendiga el pan á la puerta de las tahonas.

Muchos asistentes clamorosos cogieron del sayal al hermano Giovanni, y mientras que ellos se esforzaban por sacarle fuera, otros, más impacientes, le arrojaban escabeles que se rompían en la cabeza del santo hombre. Pero el decano se irguió bajo el dosel y dijo:

—Dejad tranquilo á ese hombre para que me oiga y quede confundido. Preguntá que es el bien, porque el bien no existe en él y porque está desprovisto de virtud. Y yo le contesto: «El conocimiento del bien está en la conciencia de los hombres virtuosos.» Y los buenos ciudadanos contienen en sí el respeto á las leyes. Aprueban lo que

se ha hecho en la ciudad para asegurar á cada cual el goce de las riquezas adquiridas. Sostienen el orden establecido y se arman para defenderlo. Y el deber de los pobres consiste en defender los bienes de los ricos. Y así se mantiene la unión de los ciudadanos. Y esto es un bien. Y el rico ordena al criado que le lleve una cesta llena de panes para distribuirlos entre los pobres, y análogamente es esto un bien. He aquí lo que conviene enseñar á ese hombre ignorante y grosero.

Habiendo terminado de hablar sentóse el decaño, y la turba de mendigos elevó un murmullo aprobatorio. Pero fra Giovanni, subiendo á uno de los escabeles que con oprobio é injuria le habían arrojado á la cabeza, dijo dirigiéndose á todos:

—¡Oid palabras de salud! El bien no reside en el hombre. Y el hombre, por sí solo, ignora lo que le es bueno. Puesto que ignora su naturaleza y su destino. Y lo que estima bueno puede serle malo. Y es incapaz de escoger las cosas adecuadas, porque no conoce sus necesidades y es semejante al pequeñuelo que, sentado en la pradera, chupa cual si fuese leche el zumo de la belladona. E ignora que la belladona es un veneno, pero su madre lo sabe. Por eso el bien consiste en hacer la voluntad de Dios.

»No es preciso decir: «Yo enseño el bien, y el bien consiste en obedecer á las leyes de la ciu-

dad». Pues esas leyes no emanan de Dios, pues son obra de los hombres y participan de su malicia é imbecilidad. Parécense á las reglas que los niños establecen en la plaza de Viterbo cuando juegan á la pelota. El bien no radica en las costumbres ni en las leyes. Está en Dios y en la realización de la voluntad de Dios sobre la tierra. Ni por los legistas ni por los magistrados se ejecuta la voluntad de Dios en la tierra.

»Porque las potestades de este mundo hacen su voluntad, y esta voluntad es contraria á la voluntad de Dios. Pero los que se han despojado de la soberbia y saben que el bien no está en ellos, esos reciben grandes dones, y Dios mismo se destila en ellos como la miel en lo hueco de las encinas.

»Y es necesario que seamos la encina llena de miel y de rocío. Los humildes, los sencillos y los ignorantes, conocen á Dios. Y por ellos reinará Dios en la tierra. La salud no reside en el vigor de las leyes ni en el número de los soldados. Reside en la pobreza y en la humildad.

»No digáis: «El bien está en mí y yo enseño el bien.» Decid por lo contrario: «El bien está en Dios.» Hace mucho tiempo que los hombres se han endurecido en su propia sabiduría. Mucho tiempo hace que han puesto al león y á la loba en las puertas de sus ciudades. Su sabiduría y su prudencia han engendrado la esclavitud, las gue-

rras y la muerte de muchos inocentes. Por eso debéis atenéos á los consejos de Dios, como el ciego se atiende á su perro. Y no temáis á cerrar los ojos de vuestro espíritu y á perder la razón, pues la razón os ha hecho infelices y malvados. Y por ella os habéis convertido en los semejantes de aquel hombre que, habiendo adivinado los secretos de la Bestia acurrucada en la caverna, se enorgulleció y, creyéndose sabio, asesinó á su padre y se casó con su madre.

»Dios no era con él. El es con los humildes y con los sencillos. Sabed no querer, é infundirá su voluntad en vosotros. No pretendáis adivinar los secretos de la Bestia. Sed ignorantes y no temáis á errar. Sólo los sabios se engañan.»

Así habló fra Giovanni. El decano se levantó, y dijo:

—Este malvado me ha ofendido; le perdono gustoso la ofensa. Pero ha hablado contra las leyes de Viterbo, y conviene que se le castigue.

Y fra Giovanni fué conducido ante los jueces, que le cargaron de cadenas y le enviaron á la cárcel de la ciudad.

XI

LA DULCE PROTESTA

El santo hombre Giovanni fué encadenado á un robusto pilar en el centro del calabozo. Sobre éste pasaba el río.

Dos hombres estaban sumidos con él en las tinieblas pegajosas. Ambos habían conocido y proclamado la injusticia de las leyes. Uno quería derrocar á la República por la fuerza. Había realizado muertes ejemplares y concebido el proyecto de purificar la ciudad por el hierro y por el fuego. El otro quería transformar los corazones; había pronunciado discursos persuasivos. Inventor de sabias leyes, fiaba en la belleza de su genio y en la inocencia de sus costumbres para imponerse á sus conciudadanos. Y ambos habían sido igualmente condenados.

Cuando supieron que el santo hombre estaba aherrojado con ellos por haber hablado contra las leyes de la ciudad, se felicitaron. Y el que había ideado sabias leyes, dijo:

—Hermano, si alguna vez nos vemos en libertad, puesto que piensas como yo, me ayudarás en

persuadir á los ciudadanos que deben colocar sobre sus cabezas el imperio de las justas leyes.

Pero el santo hombre Giovanni le respondió:

—¿Qué importa que la justicia esté en las leyes, si falta en los corazones? Y si los corazones son injuriosos, ¿de qué servirá que la equidad reine en la ley?

»No digáis: «Estableceremos leyes justas y daremos á cada uno lo que es debido». Pues nadie es justo, é ignoramos lo que á los hombres conviene. Igualmente ignoramos lo que para ellos es bueno y lo que es malo. Y cada vez que los príncipes de la tierra y los jefes de la República han amado á la justicia, han hecho perecer á muchos hombres.

»No entreguéis el compás y el nivel al mal agrimensor. Pues con instrumentos justos hará injustas distribuciones. Y dirá: «Mirad, llevo el nivel, la regla y la escuadra, y soy un buen agrimensor.» En tanto que los hombres perseveren avaros y crueles, tornarán crueles á las más benignas leyes y despojarán á sus hermanos con palabras de amor. Por eso es inútil predicarles palabras de amor y dictarles dulces leyes.

»No opongáis las leyes á las leyes, y no erijáis tablas de mármol ó de bronce á la faz de los hombres. Pues todo lo que está escrito en las tablas de la ley, escrito está con letras de sangre».

Así habló el santo hombre. Y el preso que ha-

bía ejecutado muertes ejemplares y concebido la ruina saludable de la ciudad, aplaudió y dijo:

—Compañero, has hablado muy bien. Sabe, pues, que yo no opondré la ley á la ley, la regla recta á la regla torcida; pero yo quiero destruir la ley por la violencia y obligar á que los ciudadanos vivan en seguida en una bienaventurada libertad. Y sabe también que he matado á jueces y á hombres de armas, y he cometido crímenes bienhechores.

Habiendo escuchado estas palabras, el hombre del Señor se levantó, extendió sus brazos cargados de cadenas en las sombras malignas, y exclamó:

—¡Desgraciados de los violentos, pues la violencia incita á la violencia! Quien obra como tú, abona la tierra de odios y cóleras y sus hijos se desgarrarán los pies en las zarzas del camino y las serpientes les morderán en los talones.

»¡Desgraciado de tí!, pues has vertido la sangre del juez inicuo y del soldado brutal, y te has convertido en el igual del soldado y del juez. Y como ellos, ostentas en las manos la mancha imborrable.

»Insensato el que dice: «Haremos el mal á nuestra vez, y nuestro corazón quedará aliviado. Seremos injustos, y así comenzará la justicia.» El mal está en el deseo. No deseéis nada y no sentiréis el mal. La injusticia sólo es mala para los

injustos. La iniquidad es una espada cuya empuñadura desgarrará la mano que la retiene. Su punta no hiere en el corazón del hombre sencillo y bueno.

»Nada para él es peligroso, si no teme nada. Sufrirlo todo, es no sufrir nada. Sed buenos, y el universo entero será bueno. Pues el universo servirá de instrumento á vuestra bondad, y vuestros perseguidores colaborarán en haceros mejores y más bellos.

»Amáis la vida y esta adhesión existe en el corazón de todos los hombres. Amad, pues, el sufrimiento. Pues vivir es sufrir. No envidiéis á vuestros superiores crueles. Compadeced á los comandantes de las milicias. Tened piedad de los publicanos y de los jueces. Los más enérgicos de entre ellos han conocido las puntas agudas del dolor y los terrores de la muerte. Sed más feliz, pues que sois inocente. Que en vos se embote el aguijón del dolor y que la muerte deponga sus terrores.

»Sed en Dios, y decid: «Todo es bien en Él.» Preserváos de querer, ni siquiera el bienestar público, con energía y aspereza por miedo de que en vuestro querer no se deslice alguna crueldad. Pero que vuestro deseo de caridad universal adquiera el fervor de una oración y la dulzura de una esperanza.

»Hermosa será la mesa en que todo el mundo

reciba su parte equitativa y los convidados se laven los pies mutuamente. Pero no digáis: «Estableceré por la fuerza esta mesa en las calles de la ciudad y en las plazas públicas.» Pues no es con cuchillo en mano como debéis de convidar á vuestros hermanos al banquete de la justicia y de la mansedumbre. Es preciso que la mesa se instale ella sola en el Campo de Marte por virtud de la gracia y de la buena voluntad.

»Esto será un milagro. Y bien, sabed que los milagros sólo se realizan por la fe y por el amor. Si desobedecéis á vuestros superiores, que sea por amor. No los aherrojéis ni los matéis. Sino decidles: «Yo no mataré á mis hermanos ni tampoco los aherrojaré.» Endurecéos, sufrid, aceptad, quered lo que Dios quiere, y vuestra voluntad será hecha así en el cielo como en la tierra. Lo que parece malo, es malo, y lo que parece bueno, bueno es. El mal verdadero está en el esfuerzo y en el descontento. No nos esforcemos y vivamos contentos; no castigemos á los malos por miedo de hacernos semejantes á ellos.

»Si poseemos la dicha de ser efectivamente pobres, que nuestro espíritu no aspire á la posesión de las riquezas ni que nuestro corazón se apegue á los bienes que inducen á la injusticia y á la desgracia. Suframos con dulzura las persecuciones y seamos vasos de dilección que cambian en bálsamo la hiel que se nos ofrece.